

La Compañía, la fe y la cultura

(notas de la conferencia del P. General, Adolfo Nicolás)

La Coruña. Encuentro con laicos. 7 de mayo

El tema es muy amplio. He recibido una página con nada menos que 18 preguntas que espero me sirvan de contexto para poder decir algunas cosas sobre fe y cultura. Al final, abriremos un poco de espacio para preguntas.

Está claro que en España y en toda Europa, estamos en un momento cultural que afecta, de una manera muy directa, a la religiosidad, no solamente en el mundo católico, sino también en todo el mundo cristiano, más aún, en el mundo religioso.

En Japón, en dónde yo he estado la mayor parte de mi vida, se ha visto el mismo fenómeno con las sectas más institucionales del budismo, o sea que parece que es una crisis cultural que afecta a lo religioso más que una religión en particular, como puede ser el cristianismo o la religión católica. Yo creo que está tocando todo lo que es estructura, todo lo que tiene estructura, lo que tiene enseñanzas, lo que tiene dogmas, o lo que tiene tradiciones que están, de alguna manera, organizadas sistemáticamente.

Hay una desconfianza grande en las nuevas generaciones porque han visto, quizá, una falta de consistencia entre el mensaje y la vida y entonces la falta de consistencia afecta a la credibilidad de una Iglesia que predica un mensaje bastante claro pero cuya vida no responde a lo que la gente se imagina que podría suponer.

Yo recuerdo que en Japón, cuando algunos japoneses me decían: «*voy de viaje a Filipinas y tengo mucho interés en ir para ver un país católico*», yo me temía lo peor. Porque van a ver un país católico con todas las imperfecciones que tiene la cultura filipina, no muy distinta que la que nosotros conocemos y en parte dejamos en aquellas tierra, donde dicen que las leyes de tráfico no son leyes sino recomendaciones, todo lo que es normativa se toma con cierta espontaneidad y entonces el cristianismo de Filipinas no parece un cristianismo modélico, es un cristianismo muy serio, profundo, es incluso luchador por la justicia, que ha sido capaz de enfrentarse consistentemente a una dictadura muy fuerte, como era la de Marcos y lo ha hecho de una manera suave. Pero la vida cristiana del país es una vida llena de inconsistencia. Por tanto, para un japonés que todo es todo o nada, resultaba un poco contraste.

Los elementos de una cultura son, por una parte, muy sencillos, pero por otra parte son más complejos de lo que nosotros nos imaginamos. **Una cultura nunca es homogénea.** Dentro de una cultura hay subculturas. Dentro de la vida española la vida gallega; la cultura de los estudiantes es distinta de los trabajadores; es distinta de la de los artistas... Pero siempre se vive con una ficción, un mito regional o nacional que trata de dar la impresión de que somos homogéneos y no lo somos.

Esto es importante, porque a la hora de usar la cultura como ideología usamos la ideología de la homogeneidad. Esto yo lo he visto en Japón durante mucho tiempo. Japón ha vivido con la ficción de que la cultura japonesa era homogénea, era única, lo cual suponía ignorar a los del norte y a los del sur. Ignorándolos a ellos hay una homogeneidad cultural producida por la televisión más que nada. Cuando yo llegué a Japón en el año 61, el primer *shock*, después de estudiar japonés seis meses

intensamente, me invitaron a una boda y los que se casaban eran de una provincia del norte y sus padres, claro, vinieron a la boda y me los presentaron y hablaban el dialecto de esa región y yo no entendía nada. Yo me preguntaba: «¿qué japonés he aprendido yo?». Eso ha desaparecido y el efecto no ha sido por una campaña estatal, sino simplemente la radio y la televisión que han ido minando las diferencias y homogeneizando el lenguaje y la manera de expresarse los japoneses. Pero la homogeneización es ficticia, es externa porque creo que las culturas son siempre plurales y ahora Japón está experimentando, no solamente, el influjo de muchos emigrantes que vienen del sur y del oeste, países que han tenido alguna relación con Japón en la historia, descendientes de emigrantes japoneses en Brasil, Perú, Filipinas, además de coreanos que fueron forzados durante la guerra y no saben cómo enfrentarse a ello con una pluralidad cultural para la que no están preparados.

La cultura se manifiesta en la vida ordinaria, cómo vive la gente, cómo se expresa, cómo se relaciona, cómo es afectado por problemas de salud, la manera como se afronta la salud. Es distinta una persona que acepta la realidad de otra que no la acepta. Es distinto cómo un alemán se pone enfermo a cómo un paisano del Sahara se pone enfermo. Las expectativas del cuidado de la salud son distintas y están estructuradas según sistemas europeos o de otras culturas dónde la higiene todavía no ha adquirido la preponderancia que se ha dado en otras culturas. Se encuentra en la salud, en la política, en las relaciones sociales, en la educación, etc. Todo lo que es la vida humana y los accesorios que hacen la vida humana posible, son lo que se considera parte de la cultura y esto cada vez que cambia crea una pequeña crisis.

Todo grupo, vive con la ficción monocultural, o vive en medio de un pluralismo sano. Con frecuencia un grupo, tiende a pensar que su cultura es el modelo, su cultura es limpia. Usan la palabra *clean* o pura o impura para expresar esto. Todo el mundo tiende a pensar que su cultura es limpia y los que no siguen la cultura son los impuros. Incluso las culturas más tradicionales, estructuradas más verticalmente, tienden a buscar un chivo expiatorio, que es impuro, que no pertenece a su cultura y del cual se puede abusar. La norma es como nosotros vivimos. Yo lo he visto, no solamente en términos generales, sino incluso con mis compañeros, al salir de España, estudiar inglés en Estados Unidos, vivir en Japón. Siempre el punto de referencia es la propia cultura y hace de menos a cualquier otra. Nosotros sabemos que el mundo gitano ha tenido grandes dificultades para sobrevivir porque es uno de los grupos que, en la cultura amplia española, se ha considerado menos plural.

Las culturas, y esto es importante saberlo porque afecta a distintas expresiones de la cultura, ponen en los individuos ciertas limitaciones, o sea, la cultura limita y controla. Esto es importante porque está pasando con los emigrantes.

Hoy una de las clasificaciones que se hacen en términos culturales es dividir, separar o distinguir la cultura moderna de la postmoderna. Los jóvenes, sobre todo, se han decepcionado por la cultura moderna. Una cultura que promete el oro y el moro, que la técnica iba a solucionar todos los problemas, que todo era cuestión de lógica, de racionalismo, de pensar las cosas bien, de planificar, etc. Y han visto que no, que esta cultura ha producido un siglo XX que ha sido, probablemente, el más violento que hemos tenido hasta ahora en la humanidad, con dos guerras mundiales muy crueles y muy duras y, por lo tanto, los jóvenes han perdido la confianza en que la cultura, tal como ellos la han recibido, sea la norma. Y viven ahora lo que se llama la cultura

postmoderna. Todavía no tiene contornos muy claros, pero sí tiene algunas tendencias o rasgos que se pueden expresar. La cultura pretende ser homogénea, con fronteras bien marcadas, donde el orden es la metáfora preferida. Hay orden porque hay lógica, porque hay plan, etc.

La cultura postmoderna, la que están viviendo ahora nuestros jóvenes, es, más bien, **fragmentada**. Aceptan la realidad de que no todos somos lo mismo, no todos somos homogéneos. Es una cultura que acepta el desorden como realidad, no como ideal, pero al menos como realidad.

En la cultura postmoderna se habla de **identidad multiplural**. Los jóvenes no piensan que el territorio define toda la persona porque están teniendo la experiencia de emigrantes, experiencia de ellos mismos yendo a otros países, son mucho más movibles, los jóvenes de ahora, que éramos nosotros y, por lo tanto, tienen una experiencia bastante translocal. No se identifican tanto con el territorio como nos identificábamos nosotros.

Yo recuerdo en una sesión que tenía con jóvenes estudiantes jesuitas que una tarde había un programa en televisión que todos queríamos ver. Era en el canal de educación, Canal 3, y era un encuentro con 50 chicos y chicas jóvenes, que habían estado, al menos dos años, en el extranjero, generalmente en los países del Tercer Mundo. Algunos en África, otros en la India, en Filipinas. La mayoría, y además lo decían, no eran cristianos, eran jóvenes de distinta procedencia, de distintas partes del Japón y lo que se vio en la expresión de la experiencia es que no iban al Tercer Mundo por razones humanísticas, ni religiosas, ni nada. No querían hacer nada de especialmente heroico, ni bueno. Querían conocer otro mundo, aprender, ver otras culturas, pero viviendo con otras personas dicen: «yo cambié». Esta fue la cantinela de todos. Viviendo con otras personas, poniendo en tela de juicio lo que yo daba por supuesto y viviendo que hay otros valores mucho más importantes, más humanistas de familia, unidad, comunidad, de escucha, de apertura al otro, estaban profundamente afectados. Eran personas con corazones capaces de reaccionar a un problema o a una situación y reaccionar positivamente, aprender y crecer a través de esa experiencia. Sería el personaje ideal para una persona que puede tener vocación para el sacerdocio o para la vida religiosa, porque luego va a servir a los demás y hay que tener esta capacidad.

La cultura moderna se considera el modelo y **los que disienten son marginados**. En la cultura postmoderna los que disienten son invitados a integrarse en un mundo plural. No hay marginalización, al contrario se reacciona contra los marginados porque se ve como una imposición de un modo de pensar o de una tendencia.

Toda cultura está en un proceso por evitar el caos. La tendencia humana, cuando se hace salvaje en el sentido de dejarse llevar por deseos, crea el caos. Por eso la civilización y las culturas tratan de poner ciertos límites al propio deseo que dañe a los demás, porque si dejamos todo con plena libertad de expresión, se produce un caos que ninguna cultura quiere hacer suya.

Esto que es bueno, evitar un caos que haga daño a los demás, crea una psicología que hace difícil el cambio. Toda cultura tiene cierta resistencia al cambio y es porque no queremos el desorden, el caos, no queremos que se produzca un desorden que pueda dañar las relaciones humanas, el orden social, etc., y eso hace que toda

cultura tienda a ser conservadora, en el mejor sentido de la palabra. Conservar sus tradiciones, y valores para que no haya problemas. A esto contribuye además al miedo natural, que tenemos todos, a lo desconocido que nos hace, no solamente conservadores, y nos cierra sobre nosotros mismos. Esto se está viendo ahora en toda Europa en la reacción a los emigrantes. La reacción negativa de Italia, de Alemania, de Holanda o de España misma al influjo de emigrantes produce miedo y hay que disfrazarlo de una manera aceptable y se presenta como una invasión.

Recuerdo una escena en Tokio porque Japón había estado bastante cerrado a otras culturas cuando vino un gran flujo de emigrantes. Por una parte necesitaban emigrantes para los trabajos más sucios y difíciles del país y por otra parte no querían el desorden que traen el flujo de personas de fuera que tienen otra manera de vivir. Había una preocupación en los periódicos, se hablaba de la invasión de los extranjeros y se estaba hablando del 0,5%, ni siquiera del 1% y cuando paso del 1,5% se habló de la gran catástrofe. «*Estamos invadidos por extranjeros*». Yo vivía en un pisito en una zona popular de Tokio e iba a mi oficina y tenía que cambiar de tren varias veces y en un cambio de tren estaba bajando las escaleras y la escalera no era muy alta y no se me veía la cara. Estaba en el andén un japonés medio borracho y me vio. Yo iba vestido normal, decente y pensó que sería otro japonés porque los japoneses visten formal. Me dijo: «*Mira la cantidad de extranjeros que hay aquí*». Yo bajé, me vio la cara y salió corriendo. Esto es efecto de cómo la prensa y los políticos tratan esta cuestión. El pueblo no es libre porque no tiene los datos, por tanto, si se habla de invasión el pueblo cree que son muchísimos, que deben ser el 50% y es solo el 1,5% los que les están invadiendo.

En Roma ahora se ven caras asiáticas, caras africanas, con la matrícula, pero eso no quiere decir que la Iglesia Romana es asiática o africana, primero porque son pocos todavía y segundo porque están educados en Europa. Ya han integrado un modo de proceder, de realizar la pastoral que es aceptada en Europa, porque Europa tiene una cultura expresamente dominante y no permite que haya disensiones.

Este miedo a lo desconocido es muy importante y está presente en todas las culturas y afecta mucho nuestras relaciones interpersonales.

Cuando leo el Evangelio, sobre todo la Resurrección, cuando Jesús saluda a los discípulos y les dice: «*No tengáis miedo*». Está diciendo algo que toca a la experiencia humana porque el mundo nos afecta.

El mensaje de Jesús que nos dice: «*No tengáis miedo*», nos recuerda que estamos tratando con personas que vienen de otras culturas, de otros países y vamos a abrir nuestras puertas culturales para que haya una interacción. Este mensaje tiene más sentido hoy en día que en otros tiempos que las culturas eran más homogéneas.

En este contexto **la acogida es un acto del espíritu de Dios**. Antes de que nosotros podamos entrar en contacto con otra persona, Dios está trabajando en la otra persona. Dios está allí antes que nosotros. Esto yo lo he visto en Asia, en Japón, y traté de expresarlo en mi presentación en el Sínodo de la Nueva Evangelización. Hay un desfase con las culturas de nuestros jóvenes y la Iglesia sistemática, que no ha tenido la oportunidad de abrirse porque este tipo de información no ha sido comunicada. Los misioneros no hemos hecho suficientemente lo que teníamos que haber hecho, que es haber encontrado a Dios donde Dios está. Me resulta bastante llamativo que el papa

Benedicto XVI, en una de sus expresiones antes del Sínodo de los Obispos, habló de la presencia de Dios en los demás y dijo, incluso, es mejor un agnóstico que busca, que un cristiano que cree que tiene todas las respuestas, porque el agnóstico que busca tiene la posibilidad de encontrar, pero el que se cree que tiene todas las respuestas no va a encontrar nada, porque no busca nada. «*Llamad y se os abrirá. Si no llamáis, ¿cómo se os puede abrir?*». Quien sabe si hay alguien a la puerta. La inculturación es un acto de fe en que el Espíritu sigue vivo y, por tanto, es la fuente de nuestra luz, de nuestro camino. Es un tema que el pueblo gallego entiende muy bien porque el camino ha sido un símbolo cultural que ha afectado a todo el mundo.

La inculturación es una afirmación de que no hay ninguna cultura que tenga estado de norma. En toda cultura se puede encontrar a Dios y en toda cultura se puede traducir la Palabra de Dios. La palabra de Dios es una palabra de tanta profundidad que puede encontrar expresión en todas las culturas. Cuando en la Iglesia se ha hablado de inculturación se está haciendo un acto de fe en el Espíritu y se está haciendo un acto de fe en que el Espíritu puede traducirse y presentarse y expresarse de mil maneras. No hay cultura que pueda considerarse cultura cristiana. Eso no existe. No hay cultura cristiana. Hay cultura que se abre, más o menos, al mensaje cristiano, pero ninguna ha llegado al mensaje final, ninguna ha llegado a ser la norma. La inculturación, por tanto, abraza y acepta todas las preocupaciones humanas y esto nos suena porque la *Gaudium et spes*, empieza diciendo que todas las aspiraciones humanas, todos los sufrimientos, todas las expresiones humanas son preocupaciones de la Iglesia. Y esto encaja con lo que ha sido la religión siempre. Todas las religiones han estado fundamentalmente preocupadas por ayudar a la humanidad a vivir humanamente. La inculturación es una llamada a vivir la Encarnación porque Dios toma carne en todas las culturas y es una llamada al Misterio Pascual. En toda cultura hay factores positivos y negativos. Hay factores magníficos y otros que necesitan cambios, conversión. Por tanto, el Misterio Pascual se repite en todas las culturas. Hace falta Muerte y Resurrección, hace falta transformación, hace falta vida nueva que de un nuevo sabor a la cultura.

El modelo que mejor se adapta a la inculturación, es el modelo que nos dio el Concilio Vaticano II, es la **Iglesia como Pueblo de Dios**. Aprendiendo uno de otros se va adelante. Comunicando pluralidad de vida y una riqueza de expresión y realidad humana que nos enriquece a todos. Estos conceptos se han adquirido estos años en los cuales la reflexión teológica se ha centrado bastante en la cultura y la fe y el encuentro de la fe y la cultura.

Cuando me eligieron para hacer este servicio tuve la oportunidad de saludar a Benedicto XVI. Es tradición en la Compañía que el nuevo Superior General vaya al papa y renueve los votos de obediencia, pobreza, castidad y obediencia al papa y yo fui a hacerlo y el papa me recibió muy bien y dijo que es una costumbre muy buena. No me dejó leerlo a mí. Lo mismo hice con el nuevo papa. Fui con la fórmula de los votos y él dijo: «*voy a hacer lo mismo*», y la repitió conmigo.